

neral, abundan en ellos las incorrecciones é impropiedades de lenguaje, que hacen resaltar más y más el poco tino y hasta la falta de buen gusto con que se escogen ciertas oraciones. Redactadas éstas por autores anónimos, careciendo del verdadero espíritu de piedad que tan necesario es para despertar el fervor, el alma sinceramente cristiana no encuentra en ellas la traduccion fiel de los sentimientos que quiere expresar.

Pues bien: nada de esto se encontrará en el *Lavalle mexicano* del Sr. Córdoba. En él, como dijo el Ilmo. Sr. Labastida, Arzobispo de México, en una carta que se publicó, "*reina el espíritu de una piedad tierna y bien entendida*. Podría llamarse muy bien á este libro la llave de oro con que se penetra al santuario de la devocion más ilustrada, donde únicamente es dado saborear los opimos y deliciosos frutos de la verdadera y sólida piedad. En suma, este libro está destinado á ser el *vade mecum* de todo católico mexicano."

Nada más debemos agregar nosotros á tan explícitas y autorizadas palabras;—y terminamos estas líneas dirigiendo nuestros parabienes á los católicos mexicanos, especialmente á las damas, por tener ya un devocionario digno de su fé, de su piedad y de su cultura.



DECADENCIA LITERARIA.

I



AL observar y estudiar con detenimiento el triste estado en que se encuentra nuestra literatura, la escasez de buenas publicaciones, la falta total de crítica, el alejamiento y silencio de nuestros buenos escritores, la frivolidad é indiferencia del público, que no tiene un solo estímulo para los que se afanan y trabajan; al ver todo esto, y compararlo con lo que sucede en otras partes, razon hay para sentirse desalentado y triste, y para lamentar que la vida intelectual vaya siendo cada día más y más una mentira entre nosotros.—Hay para desesperarse al ver que en México rara vez ó nunca se publican obras de mérito, y que cuando esto sucede, las gentes apenas páran la atencion en ello. Los tesoros bibliográficos con que de cuando en cuando enriquece el Sr. García Icazbalceta nuestra literatura, se apolillan en las librerías, y tan sólo tienen demanda del extranjero, donde se reconoce y se estima su mérito. Igual cosa sucede con las publicaciones de Ipadro

Acaico, de Roa Bárcena, de la Academia Mexicana, de Altamirano, cuyos libros no pudieron seguir saliendo á luz por falta absoluta de suscritores. Las obras de Orozco y Berra son también desconocidas y desdeñadas.

Ningun movimiento de trascendencia é importancia se observa en nuestra literatura. No hay círculos ni sociedades literarias donde los hombres estudiosos puedan reunirse para comunicarse el fruto de sus trabajos. No hay quien ejerza el magisterio de la crítica, tan indispensable en toda sociedad culta é ilustrada. No hay tampoco periódicos propiamente literarios, donde se publiquen estudios útiles y composiciones de mérito, que á su novedad uniesen el noble fin de estimular á la juventud, de darle enseñanza provechosa y ejemplos de buen gusto.— En una palabra, nos falta todo lo que en otras partes es señal segura de que la sociedad se ocupa algo en el mundo de la inteligencia.

En España, en Francia y aún en las Américas del Sur, un sinnúmero de obras nuevas se publican incesantemente. Allí un público ávido de leer reclama y acoge con entusiasmo las Revistas, los periódicos ilustrados, los folletos de actualidad, las novelas y los dramas, los libros de poesía y los de crítica. Los escritores, que se ven así estimulados, y que además alcanzan no escasa retribución por sus desvelos, se afanan en alimentar y satisfacer aquellas aficiones del público: estudian y describen en excelentes monografías algun asunto interesante; presentan las vidas de los personajes célebres; examinan un período de la historia; y la literatura y

las artes son estudiadas por ellos con cuidado, sin que la atención y el aplauso de los lectores les falte nunca. Publícanse los retratos y las biografías de los que se distinguen en la política, en la poesía, en las armas, en los descubrimientos, dejando así satisfecha la curiosidad de quienes viven atentos á la marcha de los sucesos y de los adelantos de las ciencias; todo lo cual revela que allí se estudia, se tiene interés por los trabajos intelectuales, y existe un deseo general de que se realice el progreso de todos los ramos del saber humano.

Pero en México . . . nada de esto se ve, y es bien triste que por la apatía de nuestra sociedad, por una parte, y por otra, las tendencias de nuestros escritores á no producir nada original ni de trascendencia en las letras, se detenga por un período indefinido todo adelantamiento, cosa que está engendrando ya una verdadera y lamentable decadencia.

II

Debido á la frialdad y desden con que aquí se ven generalmente ciertos estudios y publicaciones, fruto de estudios detenidos, de diligencia y de meditacion, los de algunos de nuestros escritores más beneméritos no han podido ejercer en nuestros progresos literarios la influencia que en el caso contrario habrían ejercido sin duda. Por eso vemos que un crecido número de nulidades, aprovechándose del silencio y apartamiento de los verdaderos maestros, se erigen audazmente en mentores de la juventud,

y difunden con profusion lamentable sus insanas y corruptoras enseñanzas. De aquí que abundan composiciones sin mérito, escasas de sustancia y de inspiración, pobres de inventiva, desprovistas de las galanuras del lenguaje, que alguna vez pueden hacer disimulable la carencia de ideas. Revélase en ellas, más que todo, una alma contagiada de los vicios y doctrinas del siglo, de ese escepticismo feroz que marchita las inteligencias y seca los corazones.

Hay también una general tendencia á imitar esa literatura pesimista que nos viene de allende los mares; literatura que halaga las inclinaciones y gustos reinantes, tal vez porque va de acuerdo con las pasiones, y porque en ella no hay ideas, pensamientos verdaderos ni originalidad; nada que hable al corazón y eleve el alma.

Y si de los trabajos de pura imaginación pasamos á considerar lo que pasa respecto de asuntos serios, de aquellos que desean y suelen consultar los sabios cuando estudian la historia de un pueblo, el mal que aquí señalo toma proporciones más considerables y graves. Se han visto siempre aquellos en México con tal descuido y abandono, que hoy el que quiere dedicarse á cierto género de investigaciones, en vano busca un guía, un libro á propósito que le ilustre y auxilie en ellas. Cuando más, sólo acierta á encontrar apuntes sueltos, inconexos y sin orden ni importancia alguna; debido á lo cual se ignora completamente nuestra historia literaria en el extranjero y aún en nuestro propio país; y las obras de los mejores poetas y escritores mexicanos, que deberían ser populares y estimadas

como lo merecen, permanecen olvidadas, ocultas, sin que nadie las lea ni las aproveche. Hé ahí, pues, una labor que podría acometerse por nuestra juventud. Reuniendo y estudiando los preciosos materiales que existen en archivos y bibliotecas, podría escribirse un día con bastante fruto la historia completa de la literatura mexicana.

Pero si esto no se quiere, porque el trabajo parezca ingrato y de tardíos resultados, hay otros muchos asuntos en que podrían ejercitarse el talento y las dotes de nuestros escritores. “¿No se presenta aquí—dice el Sr. D. José María Vigil—un campo sobremanera vasto y fecundo á la observación de nuestros poetas y de nuestros literatos? ¿No se percibe con toda claridad que sobran medios para dar á la literatura un carácter original, en cuanto es lícito aspirar á esta circunstancia? ¿Qué es, pues, lo que falta? Tal vez parezca una paradoja lo que vamos á decir, no obstante que contenga, en nuestro concepto, la llave del problema. Lo que perjudica á nuestros hombres de letras es el estudio excesivo de las literaturas extranjeras; es cierto sentimiento de inferioridad que hemos heredado de la Colonia, y el cual engendra una timidez que no se atreve á traspasar los límites de una servil imitación. El poeta que ha logrado reproducir la frase rebuscada de Herrera y Fr. Luis de Leon, ó las ampulosas antítesis de Víctor Hugo; el dramaturgo que viste á la mexicana á una griseta de París ó á un galán espadachín de los tiempos de Calderon de la Barca, creen haber pronunciado la última palabra del arte, y no

reflexionan que olvidando lo que tienen cerca, nuestro suelo con sus espléndidas bellezas, nuestra sociedad con sus caracteres propios, con sus condiciones especiales, podrían crear cuadros y situaciones de indisputable mérito que abrirían un ancho camino á la literatura verdaderamente nacional.”

III

En efecto, nadie podrá desconocer que para evitar que el atraso, la decadencia y la esterilidad más absoluta invadan nuestra literatura, los escritores mexicanos deberían explotar los ricos y preciosos veneros de nuestra historia nacional: en ellos encontrarían raudales de frescas y variadas inspiraciones. La poesía épica y la dramática, la tragedia y el idilio, la novela y el cuento, hallarían sobradamente de qué nutrirse en sus múltiples acontecimientos. La vida del rey de Texcoco Netzahualcoyotl convida para un bellísimo é interesante poema; ¹ la heroica resistencia que la ciudad de México opuso á los conquistadores que la sitiaron, espera aún y reclama con justicia, cual una nueva Troya, un nuevo Homero; el valiente é indomable Cuauhtemoc, cuyo heroísmo sublime admiró á sus mismos enemigos, pide tambien un cantor, digno de sus hazañas y de su nombre. ² ¿Y de qué no son dignos tambien aquellos humildes y santos

¹ D. Nicanor Contreras Elizalde comenzó á escribirlo. Ignoro si lo concluyó.

² D. Eduardo del Valle publicó hará unos cuatro años un poema dedicado al último emperador azteca, con prólogo del Sr. Altamirano.

franciscanos que, venidos en pos de los conquistadores, consumaron la obra de éstos por medio de la persuacion, de la caridad y del amor? ¿Qué no merecen aquellos beneméritos sacerdotes, que, sacrificando su reposo, su salud y hasta su vida, se dedicaron con abnegacion á procurar el bien de los hijos de esta tierra? ¿Con cuánto enternecimiento veríamos figurar en las páginas de un poema al venerable Toribio de Benavente (Motolinia), fundando la primera escuela para niños indios, y enseñándoles á recitar en extraño idioma las oraciones cristianas, con una paciencia y un anhelo dignos de las recompensas del cielo! ¿Cuánto nos enternecería tambien el ver á Fr. Pedro de Gante y al P. Bernardino de Sahagun, consagrados al consuelo de los indios, á su enseñanza llena de mansedumbre, en la cual daban á aquellos paz y bienestar! Y nos interesarían tambien los que, como Boturini, vivieron por muchos años entre los hijos de la tierra, conformándose á sus gustos y á sus costumbres, con objeto de recoger las tradiciones y las antigüedades del país.—Y si desde aquellos tiempos primitivos, digamos así, de nuestra historia, nos trasladamos á los recientes de la Independencia, hallaremos tambien hombres y sucesos dignos de la epopeya, dignos de los ardientes y entusiastas cantos de los poetas: allí está el gran Morelos, defendiendo con un puñado de héroes la plaza de Cuautla; allí está el magnánimo Bravo, respondiendo con un acto de generosidad sublime á la muerte de su padre, sacrificado por los españoles; allí están, finalmente, el fin trágico de D. Agus-

tin de Iturbide, y otros mil y mil episodios, interesantes y grandiosos, que llenan nuestra historia. ¿Por qué, pues, nuestros escritores no tratan estos asuntos en leyendas, en romances, en novelas? * ¿por qué no abandonan el trillado sendero de cantar amores, desdenes y desengaños? ¿á qué ese empeño de querer imitar las literaturas extranjeras? ¿acaso no tenemos objetos nobles y fecundos, dignos de la poesía y de la novela? El estudio cuidadoso de los tres siglos coloniales ofrece ancho campo á los literatos, para que describan las costumbres de entónces, el estado de la sociedad y los personajes notables de la época. Muy poco, casi nada se ha escrito sobre tan largo período; y el que con espíritu sereno é imparcial lo estudiase y presentase á nuestros ojos, haría un gran servicio á la historia y á la literatura nacionales.

Ricos son, pues, los elementos que tienen á su disposición los literatos y los novelistas, los poetas y los dramaturgos que en México quisieran señalarse, explotando nuestra rica historia nacional. Y haré observar, en confirmación de estas palabras, que cuando algunos escritores, nacionales y extranjeros, han acudido á ella en solicitud de asuntos para sus obras, han podido satisfacer de lleno sus deseos. Citaré entre los primeros á la insigne poetisa cubana Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda y á Don Patricio de la Escosura, que escribieron, la prime-

(*) En 1871 comenzaron á publicarse en algunos periódicos de la capital, con el título de *Romancero de la Independencia*, varias composiciones patrióticas dedicadas á celebrar diversos episodios de aquella guerra.

ra su novela *Guatimotzin* y el segundo la suya de *La Conjuración de México*. Entre los segundos, merecen recordarse: D. José María Roa Bárcena, cuyas *Leyendas Mexicanas* trasportan al lector á los tiempos antiguos y presentan á su vista héroes, proezas y costumbres aztecas, al mismo tiempo que varios lugares pintorescos de nuestro territorio; D. José Peon y Contreras, autor de unos bellísimos *Romances históricos mexicanos*, que tienen todo el sabor, tinte y sonoridad de las composiciones de su clase; D. Juan Luis Tercero, que publicó su poema en prosa *Nezahualpilli*, el cual, á pesar de recordarse en muchos pasajes *Los Mártires* de Chateaubriand, contiene páginas llenas de originalidad, galanura y sentimiento; D. Nicanor Contreras Elizalde, de quien conozco, inédito, un largo poema descriptivo acerca de Netzahualcoyotl y de Texcoco;—y otros muchos que sería largo citar.

En tiempos anteriores á los actuales, encuéntrase también algunos ejemplos de lo fructuosas que han sido para la literatura nacional las inspiraciones buscadas en nuestra historia. Rodríguez Galvan escribió y dió á la escena sus dramas *El visitador Muñoz*, *El Privado del Virrey*, y otro cuyo argumento era la memorable conjuración del Marqués del Valle. Pesado puso en metro castellano los cantares del rey de Texcoco; y por último, otros muchos poetas y escritores no se han desdenado de tratar en sus obras asuntos exclusivamente nacionales.

Por otra parte, nuestra espléndida y rica naturaleza convida á retratarla y describirla,

Nuestro pasado, envuelto aún entre las brumas del misterio, excita la curiosidad y el interés de los hombres estudiosos. Nuestras costumbres, muchas de ellas pintorescas y significativas, y que hasta hoy no han tenido un pintor feliz, esperan al que con segura mano ha de describirlas, aprovechando la poesía popular que contienen. En una palabra, sobran elementos para dar á la literatura de México un impulso vigoroso y eficaz que la haga salir del estado de postracion y de decadencia en que hoy se encuentra. Tan sólo falta verdadero amor al estudio en sus cultivadores, y acaso algun estímulo de parte del público.



NOVELAS.

I

El progreso material de nuestro siglo ha hecho revoluciones realmente extraordinarias en las letras, las ciencias, y en general en todos los ramos del saber humano; ha producido tambien cambios trascendentales en las costumbres, en las inclinaciones de los individuos, en las tendencias de las sociedades, en la manera de dirigir y desarrollar los sentimientos. Pero por desgracia, en medio de este movimiento universal, obsérvase una tendencia bien marcada y un propósito decidido de desterrar de la tierra los sanos principios que siempre la han regido, para establecer en su lugar el reinado de una falsa moral. Los partidarios de la filosofía incrédula, propagando sus doctrinas, sembrando la duda, atacando la fé de los pueblos y burlándose de su piedad, han redoblado sus esfuerzos para desviar los corazones de la senda religiosa, y pervertirlos y perderlos. “Prostituyamos las letras—han dicho:—envenenemos esas aguas donde tantos beben con delicia;”—